tífica y la que escribe intuitivamente), un estilo que se moldea armoniosamente a la forma novelística dada, al ambiente, y al personaje.

Y así, imponiéndose al pesimismo que trae la guerra, este libro nos da el milagro del individuo que logra trascenderla y encontrar metas universalmente personales. El final — el cuaderno truncado y la autora protagonista desaparecida — deja en nosotros como un símbolo de una etapa irrevocablemente ida, algo así como lo que sucede con el *Don Segundo Sombra,* de Güiraldes (por cierto, el libro se cierra con un *Envío* a amigos argentinos).—WINSTON A. REYNOLDS.

UN CATALOGO HISTORICO Y LITERARIO DE LAPIDAS ESPAÑOLAS

A. G. M. M. posible director de este Catálogo.

Una de las más curiosas y acaso de las más encantadoras lecturas es la de los Catálogos, de aquellos en que Plon o Espasa, la Asociación para la Difusión del Pensamiento Francés o el Instituto del Libro nos ofrecen para hacernos saber que vuelve a estar en librería —nacía hace nada menos que un siglo —el Eugène Hantin, sobre la bibliografía histórica y crítica de la prensa periódica francesa o acaba de nacer un libro del maestro Américo Castro, esos catálogos que se merecían una loa como la de Pío Baroja a los caballitos del tiovivo verbenero.

Son lecturas que nos dicen dónde vamos a encontrar, si llegamos a tiempo claro está, el libro del *Manual del enfermo,* de Rafael Urbano, que se editara hace largos años por Beltrán, o los versos de Enrique Díez Canedo *La visita del sol,* que en casa de Pueyo —un librero generoso— aparecían por dos pesetas fuertes, cuando por una se podía almorzar. Corría el 1907, y todavía si bien el cáncer hacía de las suyas aún no había surgido de un modo generalizado entre los jóvenes la angustia vital.

Todo catálogo guarda en su fondo un interés, el de la situación de unos libros o el de la existencia de otros. Son a veces descubrimiento de Mediterráneos, pero en otras ocasiones son partes de cultura que vienen a ahorrar trabajo a los contendientes en la lucha por la misma.

Hace ya unos años que merced a una muy acertada gestión de

Francisco Sintes Obrador, director general de Bibliotecas y Archivos que fue, la Biblioteca Nacional puso cara al público —y perdónesenos este término un tanto vulgar— tantos de sus fondos hasta entonces ocultos.

Catálogos de escritores de otros tiempos o de médicos poetas, tal el de Alfredo Juderías, y todos los cuales a la hora de ponerse a trabajar son más que útiles y a la hora de buscar un goce literario no dejan de tener una curiosidad, más aún un notable encanto. Curiosidad y encanto que abren caminos hacia trabajos o investigaciones, cuando no al pleno y sin reservas, bien que no proporcione utilidades materiales, placer de la lectura.

Encontramos muchas cosas en esos catálogos bibliográficos de manuscritos o de libreros de viejo de los cuales no entró en la cita, para no caer en imperdonables olvidos, pero junto a ellos también con monumentalidad a veces, otras con sencillez encontramos bien que este nombre de catálogos a veces sufra una variante, los de las estatuas o los puentes, tal el Paul Marmottan de *Les Statues de Paris* o el *Monumentos de la Villa de Madrid,* de José Rincón Lazcano, y nos apuntamos más a la lista, ya que es ésta nota literaria y no erudita.

Fidelidad noticiosa es la que está presente en éstos en donde una fotografía pone tintes de nostalgia, si es una época bien que lejana perceptible, de un grabado, en los casos de que ya no son otra cosa los bustos o las puertas, los jardines reseñados, más que «verduras de las eras», como dijo Jorge Manrique, maestro de caballeros.

Ahora, en el trance del elogio en prosa a todos esos catálogos —los unos por sus páginas y su aire corredizo no llegan a libros, tal los de los que venden una mercancía, la más noble eso sí; los otros ya entran totalmente en la categoría de tales— queremos, más que exponer una idea que a buen seguro está en el ánimo de tantos, dejarla marcada en las páginas de esta revista.

La idea que bien pudiera patrocinar el Instituto de Cultura Hispánica y darle una realización. Ella sería, más tarde salida de sus prensas y ante el público americano, un a modo de itinerario viajero, ya sentimental para los que llegan del otro lado del mar, ya estudioso e investigador para tantos que andan a la busca y rebusca de datos sobre unos y otros, a través de la áspera y dulce geografía española.

En cada rincón de la misma, en cada gran ciudad o en pueblos que en razón de los nuevos modos del vivir están quedándose desiertos, casi tanto como el del Sahara, para qué ponernos a citar otros que habrían de buscar en un diccionario geográfico, hay un hombre,

uno o dos o tres, o quien sabe cuántos, con toda una vida brillante o heroica. Una vida que tiene en las páginas de la literatura el nombre de don Benito Pérez Galdós o en las de la pintura el de Diego de Velázquez, el de Pablo Ruiz Picasso, malagueño universal.

Son casas antiguas de las grandes ciudades, casas de los barrios que van cayendo bajo el «fuego graneado» de las piquetas, esas que un días hace ya..., dejemos los años sin fijar, vieron nacer en ellas entre dolores, risas y lágrimas un niño o niña, naturalmente, que más tarde iban a ser la «eximia» doña Emilia Pardo Bazán o el novelista Pío Baroja; don Gregorio Marañón, en todo maestro.

Pero junto a esas casas, donde aquellos niños que luego serían fa mosos, ya Calderón o Zurbarán, están en una misma fila las que fueron su última morada, desde donde con dolor les acompañaron sus conciudadanos y sus amigos al camposanto. Y están las casas en donde Cajal, en la calle de Alfonso XII, hace descubrimientos geniales en el mundo de las células, y la casita escurialense en que Serafín y Joaquín Alvarez Quintero, en tranquilas jornadas veraniegas, van escribiendo toda una serie de comedias costumbristas aún vivas y graciosas, como en los días que nacen en su retiro del verano a la sombra del jardín de los frailes.

Son toda una serie de hechos literarios del nacer y el morir, del escribir, los que están desparramados en una enorme y curiosa profusión por las ciudades españolas. Son los que de un modo sencillo están reseñados en unas lápidas en donde a veces hay unos adarmes de literatura, pero en donde en las más de las ocasiones lo que hay es pura lección del mejor periodismo.

Telegrama sin hinchar, si en su pura esencia y sin añadirle retórica como antaño, porque el regente reclamaba sin cesar original —eran días aquéllos sin guerras y sin conflictos sociales, sin concilios y sin matrimonios cinematográficos que se divorcian cada tres horas—, en donde está la vida de un hombre en unas cifras; un hombre lo primero y un sencillo hecho el del vivir o el morir, el de haber escrito el Quijote o haber meditado en torno a la *España invertebrada.* ¡Que de todo eso y de muchas más se compone el gran lapidario de España, cuya catalogación se hace precisa!

El mármol o las piedras ricas son aquellas que marcan en las grandes ciudades o en los pueblos fronterizos, lápida de Mourlane Michelena en Irún; en Camprodón, de alguien que en la música fue mucho —ahora se me va su nombre de la memoria—; en las ciudades grandes, la de Baroja, un tanto colgante en la casa donostiarra donde nacieron los hechos. Pero al lado de las lápidas que son presencia de lo literario y de lo musical —no hace mchos meses se inauguraba

una lápida a un músico en Madrid, al maestro Padilla, cuya *Valencia* ha traspasado fronteras—, están también distribuidas por los más varios lugares, desde una calle a una montaña, las lápidas que señalan los hechos de la historia, y ya puestos en guisa de ejemplos señalemos las de los lugares madrileños —puerta del Sol o plaza de Oriente—, donde los madrileños se batieron con los soldados napoleónicos, o donde fuera firmado el Pacto de San Sebastián, y tantos otros de muy larga cita.

Son hechos que marcan fechas de singular importancia en la historia del país, como los marcan también en otros lugares las lápidas que nos dicen de una reconstrucción de un palacio, recordemos la del de Liria, colosal museo de la casa de Alba, la que dice del casamiento de Bolívar, el caudillo americano en la madrileña iglesia de San José de Madrid.

Es toda una teoría de lápidas éstas y tantas otras que formaría el catálogo de ellas, si se llevase a efectos, algo en donde a la curiosidad se uniría la belleza, y no digamos la utilidad, no ya para un grupo de investigadores, sino para todos los que así más o menos modestamente desde el gran erudito al sencillo periodista se le puede dar este nombre.

Naturalmente que la tarea de ir a la catalogación de estas lápidas sabemos todos que no es una tarea de un hombre solo, como puede ser la de redacción de un catálogo de manuscritos de Cervantes en la nacional o de cuadros de Rubens en el Prado, pero tampoco es como se dice de modo vulgar un arco de iglesia.

En España, si no me falla la memoria y creo que no en este caso, hay de un modo más bien creo oficioso que oficial un Cuerpo de Cronistas de Villas y de Ciudades, de cronistas locales, ya que hasta en los más pequeños núcleos urbanos hay un hombre enamorado de aquél que si no ha escrito la historia de Beasain o de Torrelaguna al menos se la sabe de memoria. Es a ellos, a esos hombres en quien de modo formal se podía descargar el primer trabajo de la redacción de las papeletas de las lápidas de la literatura, el arte o la historia. Ellos podrían ser los que un día tras otro podrían ir recogiendo y dando forma a esas papeletas que no serían sólo las de copiar de un modo íntegro la redacción de aquéllas y su situación dentro de la ciudad o la aldea, sino también ir poniendo tras estos detalles los que conciernen a las mismas, es decir, su historia íntima.

Unas veces esta historia se trasluce en unas pocas líneas, ya las de una proposición a un ayuntamiento y la aprobación por su pleno; en otras están fantasmas más o menos ocultos queriendo que no se honre

a este o aquel caballero por motivos que en las más de las ocasiones la indignidad impide la confesión.

Lápidas tramitadas en horas, su colocación como fruto de unas gestiones en las que fueron partícipes el querido y llorado Leopoldo Panero y el gran crítico de arte Juan Antonio Gaya Nuño, en la casa de la plaza malagueña donde nació Pablo Ruiz Picasso, frente al monumento a los héroes de la libertad a Torrijos y a los suyos, ese monumento que, es bonito anotarlo, amanece cada día con flores frescas.

Toda esa historia en la que se mezclara lo dinerario —lo que valieron— con los promotores, y, cómo no, la noticia de su colocación con sus discursos y sus gentes de fama dando prestancia al acto, son los datos que deberán entrar en las fichas de ese monumental catálogo que un día acaso pueda ser una realidad.

Realidad de unos itinerarios que nos lleven ante los lugares de emoción infinita, tal la lápida del hogar de los amores de Amado Nervo y Ana María en una anchurosa, ayer dormida, hoy bulliciosa, calle madrileña, la de Bailén. Y para que nada falte en él, habrán de estar las noticias de esas otras lápidas que andaban campeando en un edificio que se llevó la piqueta —pongamos como ejemplo la del marqués de Urquijo en la calle de la Montera madrileña—, o de esas otras arrastradas por vendavales que fueron algo en un lugar, pero no dejan de ser un hecho. La noticia de todas, algunas hoy dormidas en un almacén municipal o por desgracia polvo de mármol.

Pidamos, pues, de un modo formal y necesario ese catálogo monumental de las lápidas, que puede ser en su día una obra con trascendencia y con belleza.—JUAN SAMPELAYO.